

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: RAFAEL DE ECHEVARRÍA

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la gente mosa, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.) El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase. 23

CÉNTIMOS.—LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA, MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA,

TEATRO DE LA COMEDIA. — Temporada de 1901 á 1902.



PLANA MAYOR DE LA COMPAÑÍA

Ayuntamiento de Madrid

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

(Continuación.)

—El amor, cual yo lo comprendo—contestó Enrique, poniéndose la mano sobre el corazón,—es un aguijón para el valor, un cordial para el alma que desfallece, un apoyo para la voluntad que cede...

—¡Niños!... ¡niños!... ¡De todas las piedras que un desgraciado se ata al cuello para ahogarse, la más pesada, la más mortal es una mujer amada!

—¡Hablaís como pudiera hacerlo un hombre de mucha experiencia en esos asuntos!—dijo Enrique con ironía.

El nabab dió un salto sobre el asiento, cual si hubiese sentido que tocaba su pecho la punta de un puñal.

—Sin embargo de tanta virtud, hablaís con mala fe, mi joven compañero—dijo con impaciencia.—¿Será preciso que os repita que no he amado nunca?... Verdad es que algunas veces lo he intentado; pero he visto tantos corazones nobles y generosos desgarrados y destruidos!...

—Pasóse la mano por la frente y continuó:

—Pues bien, hijos míos, conservad vuestras preocupaciones... Procurad curaros, é interin quiero empezar vuestra pequeña fortuna.

Enrique y Roger le miraban atentamente.

—Mi mayordomo, que me ha precedido á París—prosiguió Montalt,—ha debido comprarme una casa hermosa, buena y cómoda... El precio me es indiferente... Necesitaré un pintor para adornar mis salones...

—¡Ah, milord!—interrumpió Enrique conmovido.—No soy más que un aprendiz en mi arte... y no conocéis ninguna de mis obras.

—Os digo que tenéis talento y esto basta... ¿aréis acaso á rehusar?

—¡Respondiendo de que tiene talento!—exclamó Roger tomando la mano á Montalt.—Milord, tenéis un corazón muy noble, y si Enrique rehusa, me incomodo con él para siempre.

—Acepto—dijo el pintor en voz baja.

—Y yo os lo agradezco, amigo mío. En cuanto á nuestro alegre compañero Roger...

—¡Ah! Por lo que hace á mí—dijo éste,—seréis muy hábil si podéis encontrar cosa para la que pueda ser útil, porque no sé hacer nada.

—Únicamente los perezosos dicen eso, Mr. de Launoy... Tengo absoluta necesidad de un secretario, y aunque comprendo que un joven bien nacido... habituado hasta el presente á una vida... aunque podéis suponer seré ante todo vuestro amigo.

Roger tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Milord! ¡milord!—exclamó Enrique.—Ya veis que Roger acepta y que, cual yo, se considera muy feliz al no tener que separarse de vos.

—¿Es así?—dijo el nabab alegremente.—Pues bien, amigos míos, no sé de qué términos valermos para expresar mi agradecimiento... No daría por mil guineas el capricho que tuve de haceros entrar en la diligencia. ¡Ah! Seréis mis hijos ó mis hermanos y, si queréis, no nos separaremos nunca.

—¡Nunca!—repitieron Enrique y Roger, estrechando las manos del nabab.

La diligencia acababa de detenerse en la barrera de Passy. La competencia, detenida un momento antes, sufría la primera el registro de la aduana.

Los carruajes estaban tan próximos uno

á otro, que la portezuela de la competencia casi rozaba la de la berlina.

La cortinilla que ocultaba á los sombreritos de paja estaba echada, pero en el momento en que el modesto carruaje se ponía en marcha, dejando á la diligencia sufrir el reconocimiento, salió por la ventanilla una diminuta y blanca mano, dejando caer á los pies de nuestros tres viajeros dos billetes.

Montalt los recogió.

—¡Al fin!—exclamó.—¡Bien sabía yo que no serían perdidas mis miradas!

Sus ojos se fijaron en los dos billetes, haciendo un gesto de desagrado.

—¡Oh! ¡mujeres! ¡mujeres!—continuó.—

Quien las ha mirado soy yo y vosotros á quienes escogen.

—¿Nosotros?

—Habrán averiguado en Laval ó en Alençon vuestros nombres por medio del conductor... Lo cierto es que uno de los sobres dice á Mr. Enrique Moreau y el otro á Mr. Roger de Launoy.

Abiertos los billetes, no contenían más que estas palabras:

«Esta noche á las ocho delante de la iglesia de Nuestra Señora.»

Al pie de cada una sólo se leía trazado con mano diferente: «Hija de la luna».

—Hija de la luna—murmuró el nabab.

—Es muy lindo, altamente poético... Vamos á habérmolas con dos taimadas provincianas, puesto que dan citas delante de la iglesia de Nuestra Señora, por la noche... En fin, los dos mortales afortunados...

—No iremos—dijo Enrique.

Roger hizo un gesto.

—No veo inconveniente...—empezó diciendo.

Enrique se acercó á su oído.

—Tal vez á estas horas están leyendo entre lágrimas tu carta Elena y Diana.

—No iremos—repitió resueltamente Roger.

—Entonces—dijo el nabab—será forzoso que vaya yo.

Algunos minutos después llegaban á la administración de las mensajerías, en donde Mr. Jones, mayordomo de milord, esperaba á su amo con el sombrero en la mano.

Roger, Enrique y el nabab subieron en una elegante carretela que los llevó, al galope de dos magníficos caballos, hacia el arrabal de Saint Honoré.

TRES CABALLEROS

Hacia seis semanas ó dos meses que se había establecido en la gran fonda de Las Cuatro Partes del Mundo, situada en la calle de Valois-Batave, en París, una colonia de extranjeros compuesta de tres hombres, dos mujeres y varios criados.

Los hombres se llamaban: el caballero de Las Matas, español; el conde de Monteiro, portugués, y el barón Bibandier, de Berlín. Una de las mujeres se titulaba la marquesa de Urgel, viuda de un grande de España y hermana del caballero Las Matas, mujer adorable y ardiente como una andaluza; la otra era una joven de rubia cabellera, enferma y triste, á quien sólo se había visto al llegar y al marcharse, pues las dos mujeres habían dejado pronto la fonda, yéndose á vivir á una casa particular.

Corría á la sazón el mes de Octubre, dos meses después de los acontecimientos de Penhoel.

Los tres extranjeros se hallaban reunidos en la sala del departamento que ocupaban en la fonda.

El conde y el caballero eran morenos, con el cabello y la barba negra y muy

larga; el pelo del barón era sumamente rubio, lo mismo que su barba.

Por si el lector no ha conocido á tales personajes, le diremos: que el caballero de Las Matas era nuestro antiguo conocido Roberto de Blois; el conde de Monteiro; Blas, el Zalamero, y el barón Bibandier el antiguo sepulturero de Redón.

Roberto y Blas se habían dirigido á París inmediatamente después de su expulsión del castillo, llevándose á la pobre Blanca, á pesar de la oposición de Blas, pues, entonces menos que nunca, hubiera consentido Roberto en deshacerse de la heredera de Penhoel, por creerla necesaria á sus planes.

Roberto tenía para mentir un talento de primer orden, y la pobre Blanca era muy fácil de engañar. Cuando Roberto la colocó en la grupa de su caballo, Blanca le suplicó llorando que la llevara al lado de su madre.

Roberto le dijo con acento admirado:

—¿Pensáis que he obrado sin tener sus instrucciones? ¿Ignoráis lo que pasa en el castillo?

El Angel abrió sus grandes ojos tímidos y crédulos.

—¡Ay! ¡Pobre niña!—continuó Roberto.

—Os ama tanto la señora que os ha ocultado su desgracia. Pero, cuando se crea sola ¿no habéis visto sus ojos inundados de lágrimas?

—¡Oh! Sí—murmuró el Angel,—muchas veces.

—¿Y no habéis observado que me busca á con frecuencia para hablarme en secreto?

—Sí.

—Es que yo era su confidente. Sabía cuánto sufría la pobre y santa mujer... Procuraba consolarla, pero no he podido defenderla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el Angel.—¿Qué ha sucedido á mi madre?

—El señor de Penhoel ha ido vendiendo poco á poco—continuó Roberto—sus granjas, sus molinos, su castillo. Pontalés se lo ha comprado todo... y vuestra madre, que tiene confianza en mí, me ha suplicado que os condujese á Rennes, donde irá á reunirse.

—Pero—preguntó Blanca—¿por qué no me ha traído mi misma madre?

Roberto bajó la voz como para hacer una gran confidencia.

—¡Pobre é inocente niña!—añadió.—Porque era preciso defenderos de vuestro padre.

—¿De mi padre?

—Vuestro padre se encuentra á merced de Pontalés... y el joven Alain os amaba.

—¡Oh!—dijo Blanca asustada.

Luego añadió, estrechándose contra Roberto:

—¡Gracias, Mr. de Blois, gracias por haberme salvado!

En Redón subió á un carruaje, confiada y llena de esperanzas de encontrar á su madre; mas, como no tenía idea alguna de las distancias, el camino de Redón á Rennes pudo prolongarse, con sólo algunas sospechas que desvaneció Roberto con nuevas mentiras.

Hicieron el viaje en silla de posta, llegando á París algunas horas después de la diligencia que conducía á nuestros dos jóvenes y á Montalt, parando en un barrio desconocido, á fin de ver el partido que les convenía tomar.

Una semana después llegó Lola, á quien el anciano marqués había puesto muy bonitamente en la calle, y algunos días más tarde entró Bibandier en la estancia en que provisionalmente se habían instalado sus dos compañeros, diciendo:

(Continuará.)

A NUESTROS LECTORES

Ponemos en su conocimiento que desde el próximo número LA AVISPA se venderá á 10 céntimos.

Aun con este aumento, LA AVISPA es el periódico ilustrado más barato del mundo por su mucha lectura y la excelencia de los grabados que publica.

A NUESTROS SUSCRIPTORES
Y LECTORES

REGALO DE 50.000 PESETAS

Boletín del sorteo 31 Octubre 1901

que deben de remitir antes del día 15 del citado mes de Octubre los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se recibía.

Sr. D.

calle , ním.

de

NÚMERO QUE INDICA

Todos los lectores de LA AVISPA que aspiren á este regalo, deberán llenar el anterior boletín con su nombre y dirección, bien inteligible para evitar errores, é indicar un número cualquiera, desde el 1 al 31.000, que son los comprendidos en el sorteo de la Lotería nacional correspondiente al 31 de Octubre próximo. Una vez lleno, cortarlo y remitírnoslo, por carta los de provincias, y los de Madrid depositándolo en nuestro buzón, Alcalá, 23, siempre antes del día 15. Los suscriptores pueden indicar el número por carta, sin cortar el boletín, pues ya los tenemos anotados en nuestros libros, teniendo la facultad de escoger un número fijo para todos los sorteos, durante el tiempo en que estén suscritos.

Aquel de nuestros suscriptores ó lectores que haya indicado el número más aproximado al del premio mayor de dicho sorteo recibirá el regalo de MEDIO BILLETE DE LA LOTERÍA NACIONAL que se jugará el 30 de Noviembre próximo, y que en el caso feliz de salir agraciado con el premio mayor le corresponderán 50.000 pesetas, un verdadero capital en estos tiempos.

Para garantía, publicaremos todos los números que se indiquen en LA AVISPA que sale el día 20; pero han de enviarse los boletines antes del día 15, pues entra en máquina el número el 16. Como se compren-

derá, no hay posibilidad de engaño, ya que no pueden optar al premio más que los números publicados.

Cada lector puede enviarnos los boletines que quiera, consignando en cada uno un solo número. Así puede probarse la suerte tantas veces como se desee.

Los de provincias no tienen que franquear el sobre con sello de 15 céntimos; bastará uno de 1/4 de céntimo de peseta, enviando sólo el boletín en sobre abierto, ó bien cerrado cortada una punta, para que se vea el contenido, pues se considera como impreso.



Ya está aquí lo que hemos convenido en llamar *todo el mundo*, y retornan, como el hijo pródigo, á la casa paterna de... su tío, con unas cuantas pesetas menos y unas cuantas ambiciones más.

A este propósito, y aunque no cultivo el género anecdótico, ni tengo tantas relaciones como Eusebio Blasco, recuerdo una frase del marqués de Heredia, cuando aludiendo á este furor excursionista decía: «En mis tiempos se podían contar las personas que salían de Madrid; hoy se pueden contar... las que se quedan».

Vuelven las gentes á vivir esta vida ficticia de la Metrópoli, á dormir de día y á soñar de noche, á vestirse como príncipes y á comer como pordioseros; triste programa que durará *per omnia secula seculorum*, mientras haya consumos y Gobiernos que nos consuman la poca figura que nos va quedando...

Vienen á tiempo de disfrutar la hermosa feria de Atocha, en la que, como decía en mi artículo homólogo del núm. 59, abundan los libros usados y las chinchas á medio usar, no faltando asimismo el barracón y el piano de manubrio, que aturde con su estridencia, ni unos cuantos nueces haciendo el vis á su conterraneo y dueño el conde de Romanones, el inclito autor de los decretos sobre la enseñanza; total, mucho ruido y pocas nueces.

**

El día 19 ha sido aciago para los ingleses; han cobrado por partida doble, de los heroicos boers, en Utrecht y en otro lugar de cuyo nombre bien quisiera acordarme, al revés del inmortal Cervantes.

Los hijos de la pérfida Albión están dados á todos los demonios, y con tan fausto motivo, varios de sus periódicos, entre ellos la *Gacete de Westminster* y la *Gacete de Saint James* y no sé cuántas gacetas más, aconsejan al Gobierno medidas radicales y temperamentos enérgicos para concluir la guerra.

Por cierto que, aunque me esté mal el decirlo, en la tertulia de un general español y con su aquiescencia, oí aseverar, á raíz de la toma de Pretoria y de Johannesburg, que la campaña estaba concluida; y yo, que no entiendo de táctica más que la indispensable para ir viviendo y de estrategia más que la precisa para no morir bajo el salvavidas de un eléctrico, no pude menos de sonreírme para mi barba (entonces estaba con toda ella) de tan terribles augurios para aquel pueblo de héroes.

Pero, en fin, que Eduardo VII tendrá que dar la cuenta á su cocinero (Kitchenier) y buscar otro que sisando más guisará me-

nos, y no olvide Inglaterra que otro pueblo más grande que ella inició su decadencia luchando con la tenacidad de la misma raza.

**

Las hermosas rías gallegas, espejos donde se retrata el cielo, han reflejado en estos días escenas de barbarie y de muerte en Villajuan, á consecuencia del malhadado pleito entre *jeiteros* y *trañeros*, y en el cual, tanto los pescadores del *jeito* como los de la *traña*, como el gabinete Sagasta, han demostrado que no saben lo que se pescan.

Entre tanto el hombre de la mala sombra, el santón de la Puntilla, se seguirá rasgando la barba, únicos bienes raíces que dentro de poco nos quedarán á los españoles.

**

El chico de las de González firmó ya su esperado decreto sobre las comunidades, y dicen malas lenguas que el preámbulo ha sido redactado por un distinguido escritor que ocupa un alto puesto oficial.

Con esa disposición, el Sr. González, queriendo dar gusto á los señores, parecerá á los unos más jacobino que Robespierre y á los otros más doctrinario que Guizot, aunque es indudable que va encaminado contra los llamados clericales, sin que se exceptúen siquiera los *mcnaguillos*, cosa que ciertamente disgustará al subsecretario de Gobernación, que debe gran parte de su felicidad á uno de ellos.

En el interin no se conoce todavía el parecer del Padre Santo, ni el de Pidal cadet, que sigue *pidaleando* de Roma á Viareggio y de Viareggio á Roma, como el coro de las monjas de Santa Clara.

Y aquí concluyo, pues necesito predicar con el ejemplo.

RAFAEL DE ECHEVARRÍA.

INSTANTÁNEA

Ya vino primavera
mil flores ostentando
que al soplo de la brisa
se mecen en sus tallos.
Ya las aves entonan
sus melódicos cantos
y amantes reconstruyen
los nidos que dejaron.
Todo vuelve á la vida,
los árboles, el campo,
las fuentes, los arroyos,
el ceñirillo blando...

Yo te aguardaba ansioso,
primavera, has llegado
y me traes lo de siempre...
¡desolación y llanto!

Esteban Caballero.

¡ADIÓS!

Rosa fragante que brotó á mi lado,
aura que respiré con frenesi,
ilusión que mi infancia ha acariciado,
mujer por la que todo lo he dejado,
¡acuérdate de mí!

Brillante estrella que lució un momento,
de cuyos resplandores iba en pos,
nube fugaz que dispara el viento,
ídolo que forjé mi pensamiento,
¡no me olvides, por Dios!

José Larios Morales.

A UNA NIÑA DESINTERESADA

Tachándote de venal
dice la gente—¡ya ves
si son ganas de hablar mal!—
que amas por el interés...
cuando es por el capital.

Francisco Sánchez de Castilla.

Concurso núm. 10.

La breva.

Terminada la faena y después de dejar en el cortijo los capachos que durante el día habían utilizado para llevar las uvas a los paseros, se encaminaron despacio al pueblo, aspirando con delicia el ambiente fresco del anochecer, que saturado de olorosas esencias refrescaba sus frentes todas por el sol.

Del grupo de temporeros de ambos sexos destacáronse varias parejas; eran novios que, adelantándose a los demás, aprovechaban la ocasión para hablar de su amor a sus anchas, sin testigos, pues en la casa siempre los vigilaban las madres y durante el trabajo era imposible estar solos un momento.

Antonio y Juana formaban una de las primeras parejas: caminaban uno al lado del otro, muy juntos, comiéndose con los ojos: ella con el sombrero de palma de anchas alas cogido por la cinta, que á modo de barboquejo impedía que con el aire se volase cuando lo tenía puesto, y él con el suyo echado atrás, sujeto en el cuello también por la cinta, parecía al soldado que se descubre en el templo ante su imagen protectora, porque para Antonio el templo era el mundo entero y la imagen ante quien se postraba, su Juana.

Juntando mucho su rostro al de ella, la hablaba en voz muy baja, sin duda diciéndole esas simplezas propias de los enamorados, porque ella no contestaba y se sonreía con los ojos bajos. De pronto Antonio insinuó una pregunta, ella se puso encarnada como una amapola, levantó la vista del suelo y empezó á mirar á todas partes dando vueltas al sombrero haciéndose la distraída; él se sonrió é insistió en que le contestara, y ella, no sabiendo ó no queriendo hacerlo, y viendo una manera de salir del compromiso, exclamó señalando á una higuera gigantesca que había en el borde del camino:

—¡Mira, Antonio, qué breva tan hermosa!

Antonio, sorprendido por aquella salida, frunció el entrecejo; pero al verla sonriente, expresando con los ojos lo que no había dicho con los labios, se sonrió también y siguió con la vista lo que Juana le señalaba.

—¿Verdad que es muy hermosa?

—¿Cuál?

—Aquella que hay allí arribita, casi en lo último.

—¿Sí que es magnífica. ¿Quieres que te la alcance?

—Bueno.

—Pero cuando te la dé me tiés que contestar á lo que te he preguntao...

Y agarrándose á las primeras ramas, empezó á subir.

—Mira, Antonio, no subas—exclamó de pronto Juana.

—¿Por qué?

—Porque ésta es la higuera del barranco y te puedes caer; baja y déjala; más abajo las habrá mejores.

—¿Si ya estoy cerca! No tengas miedo, ya sabes que estoy acostumbrao.

—No importa, vente.

—Pero ¿por qué, mujer? ¡Mira que algunas veces te pones tonta!

—Bueno, lo que tú quieras, pero no sigas subiendo; mira que tengo mucho miedo; no me des ese disgusto y hazme caso, hombre, por esta vez; no me hagas sufrir más—terminó con voz temblorosa.

Antonio vaciló: miró al barranco que tenía bajo sus pies, luego á la breva, y por último á Juana, sin saber qué hacer.

—Vamos, no seas terco y vente—volvió á decir Juana, secándose una lágrima en el delantal.

—Ya voy, ¡caramba! ya voy—contestó Antonio, vencido.—Cuando se os pone una cosa en la cabeza...

—Déjale, mujer, que él sabe lo que se hace—dijo una voz detrás de Juana.

Ésta miró y Antonio volvió la cabeza cerca de ellos, y riéndose estaban Federico, el primo de Antonio, con su novia María y varios compañeros, que habían presenciado la escena entre Juana y Antonio.

—¿Has visto qué miedosa?—dijo Antonio dirigiéndose á Federico.

—No la hagas caso; si yo hiciera todo lo que á ésta se le pone en la mollera, estaría arreglado.

—Vamos, hombre, sube y échanos unas cuantas, nos refrescaremos; si no te atreves, subiré yo—dijo Manuel, otro compañero que se había acercado al pie del árbol.

—No subas, Antonio, hazme caso á mí—exclamó Juana.

—No tengas miedo, mujer; si sabe andar por los árboles mejor que por la carretera.

—¿Subes ó no?—volvió á decir Manuel.

—Sí—contestó Antonio, molestado por el tono zumbón de Manuel, y empezó á trepar con ligereza hacia donde estaba la breva; el sitio no era muy seguro, pues estaba en lo más alto del árbol y no había ramas fuertes donde poderse sostener. Antonio comprendió lo peligroso que era alcanzar aquella fruta, y si hubiera estado solo, habría desistido de cogerla; pero en aquellas circunstancias, y habiendo Manuel ofrecido subir por ella, le pareció vergonzoso desistirse y se propuso llegar á ella.

Juana le miraba con ansiedad, siguiendo los movimientos de las ramas, que se doblaban bajo el peso de Antonio, creyendo á cada momento verle rodar al barranco.

Sonó un crujido y todos lanzaron una exclamación.

—No es na—dijo Antonio desde lo alto, —una rama que se ha roto; ya estoy cerca—y afirmándose, agarró la rama donde estaba la breva y tiró de ella hacia él con una mano, mientras que con la otra arrancaba el sabroso fruto.

Un suspiro de satisfacción se escapó de todos los pechos, menos del de Juana, que veía á su novio suspendido por unas ramas que amenazaban romperse.

—Toma, Manuel, ahí llevas para que te hartes—gritó Antonio y empezó á tirar brevas desde lo alto.

—Basta, hombre, basta; ya hay bastante.

—¿Que te vas á caer!—gritó Juana.

Aún no había terminado de decirlo cuando se oyó otro chasquido más fuerte y una exclamación. Antonio vaciló un momento, se agarró á algunas ramas que se rompieron y cayó al barranco.

Federico y Juana, llenos de terror, se inclinaron agarrándose al tronco de la higuera y lanzaron una exclamación de alegría. Antonio había caído sobre unos zarzales y pugnaba por ponerse en pie, destrozándose la ropa y las manos.

—Estate quieto, ya te ayudaremos—gritó Federico, y volviéndose á los compañeros, que ya habían echado á andar, dijo: —Vamos pronto, muchachos.

Poco después apareció Federico con sus compañeros, ayudando á Antonio, que cojeaba un poco, tenía la cara y las manos destrozadas, pero en una mano traía la breva, causante inconsciente de todo lo sucedido.

Juana se abrazó á él llorando.

—Vamos, no llores, si esto no es nada—

dijo Antonio, y dándole la breva, añadió: —Tómala.

Juana la cogió y la tiró con rabia, murmurando:

—¡Maldita sea, que tiene la culpa de que estés así!

—No ha sido ella, ha sido mi orgullo el que ha tenido la culpa; mi orgullo, que á pesar de ver el peligro que corría y lo que te hacía sufrir, me cegó de tal manera, que no escuché la voz del deber, que era la tuya.

—Si lo hubieras cumplido no te verías así.

—Perdóname, yo te juro no despreciar tus consejos por un necio orgullo que siempre me traerá desgracia; tus consejos, que llenan de felicidad mi alma...

Y estrechándola entre sus brazos, besándola con pasión, manchándola con la sangre que salía de sus heridas, murmuró: —Aconséjame siempre, Juana, mándame, que yo te obedeceré sin vacilar.

JOSÉ MARTÍN RUIZ.

AMOR INFAME

—¡Ya todo terminó! Tú lo quisiste, pues ya estás complacida y victoriosa. Fuiste madre cruel é infiel esposa, feliz si olvidas lo que ruin hiciste.

—Ya todo terminó—tú me dijiste. —Ya todo va á empezar—con voz llorosa te dije al separarnos. ¡Pobre Rosa! ¡Cuán pronto has olvidado lo que fuiste!

—¿Que por sólo pasar fué una quimera? ¿Que el mundo no lo sabe? ¿Que lo ignora? ¿Que importa si de Dios es la sentencia?

.....
¡Oh, maldita mujer! ¡Quién lo creyera! Aparta, tu contacto me desdora, monstruo sin corazón, ¡ser sin conciencia!

Eduardo Tejerina Gamarra.

TODOS TE CANTAN

A...

Las flores van pregonando tus encantos y belleza, tu donaire y gentileza, tu dulzura y tu candor; la luna tus gracias mil, las palmas tu gallardía, las aves la melodía de tu acento arrobador.

Porque reciben de tí su lozanía las flores, sus variados colores y perfumadas esencias, la palmera su esbeltez, la luna sus titilleos, y las aves sus gorjeos y celestiales cadencias.

José María Blázquez.

PENSAMIENTO

¿Qué es lo más noble? Una madre.
¿Lo más amargo? Perderla.
¿Lo más grato? Recordarla.
¿Lo más santo? Protegerla.

Antonio Fernández Maldonado.

SEGUIDILLA

Por una morenita de ojos negros daría yo con gusto todo mi cuerpo. Y si me amara, por tan preciosa niña diera yo el alma.

Tomás Barbajosa y Parrilla.

MAL PAGO

¡Te quise! Me maltrataron y tu amor me fué funesto. Yo sí que puedo decir: ¡Ay, amor, cómo me has puesto! Eugenio Aceves Marín.

Dos noches.

¡Qué bonita era!
Se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

I

¡Qué feliz es Maoliyo! Tiene por novia á la mejor hembra que nació en Triana, se quieren y son felices. Allí está él al pie de aquella reja de verdes barrotes y de macetas olorosas; es la celosía á través de la cual pasaron palabras de pasión y promesas de amor eterno; la calleja está solitaria; la noche, de Andalucía.

Maoliyo, con ambas manos asido á los barrotes de la reja y el ancho sombrero echado hacia atrás, conversa á media voz con Emilia, que en blanco traje está sentada en el alféizar, casi envuelta entre albahacas y jazmines.

—Me traes loco, chiquiya; si yo no me lograra contigo, moría támara.

—Maoliyo, ¿me querrás lo mismo siempre?

—Lo mismito. ¿Te doy yo achares con nadie?

—Los hombres sois tan falsos... Cualquiera día ves á otra...

—Te juro po tos mis muertos, y va el resto, que desde que te pedí la conversación no sé si las mujeres de Seviya se lavan la cara. ¡Estoy yo poco metío en el queré!

—Desaborío, ¿y yo no me lo meresco?

—Sí, mi sangre, como que esa personiya castisa se hizo sólo pa ir á mi vera, porque no es que esté yo pagao de mi persona, pero me parese que la mía no es pa despresiarla.

—No te pongas moños, que ere un bicho. Bicho y to, ya sabes... estás chalá por mí.

—¿Sí? Quien te lo haya dicho, te ha engañao.

—Pa mí que no; pero si es verdá, jura y me marcho.

—No presumas más; de eso te vales, de que te quiero más que á mi vida.

—¿Y yo á ti, so fea, que por tus queeres me voy quedando como un tendedero?

—¡Ay, Maoliyo, yo esta noche estoy mala!

—¿Qué tienes?

—Un doló aquí y una pesadé...

—Pue arretírate; no quiero que po mi culpa te vayas á poné peó.

—Déjalo.

—No quiero. Hasta mañana. ¿Me da la mano? ¡Hosti, la tié ardiendo!

—¡Bah, no será nada!

—No, no, me voy. ¡Po tu maresita, acuéstate, chiquiya!

—¿Vendrás mañana temprano?

—A la de hoy. ¡Condió!

—¡Adiós, Maoliyo!

—¡Agur!

II

¡Qué desgraciado es Maoliyo! Allí está al pie de aquella reja de verdes barrotes y macetas olorosas, con una mano asida á la reja y en la otra el ancho sombrero; detrás de aquella celosía, á través de la cual pasaron tantas palabras de amor, está Emilia, con blanco traje y rodeada de flores; cuatro cirios, de llama incierta, hacen resaltar la blancura de su cara y la sonrisa que se heló en sus labios.

MANUEL GÓMEZ DE VÉLEZ.

AMOROSAS

Al entrar en los jardines
se esconden las florecillas,
porque al ver tu lindo rostro
á todas las das envidia.

Has tenido más amores
que estrellas el firmamento,
pero ninguno te quiso
como yo te estoy queriendo.

Guillermo Gómez Fernández.

AYER Y HOY

A la Srta. E. de la S.

Quien fué ayer tu amante, ¿es que no lo es hoy?

Quien flores te daba, ¿amor no te ofrece?
Que no lo olvidaste lo sé, mas parece
que no eres la misma y yo sí lo soy.
Y si es que me quieres, ¿por qué, di, te alejas?

¿Por qué así me niegas tus bellos amores?
Tú buscas riquezas, placeres y honores,
y yo no los tengo, por eso me dejas.
Pero nunca olvides que puede engañar
la dicha que tiene por base el dinero,
no sea que en tanto de pena yo muero,
corramos parejas, te mate el pesar.

Emilio G. Mellin.

LO QUE TE DIGO

Una cosa es el amor,
otra cosa es el dinero;
yo, como sé tu cariño,
te digo que no te quiero.

Manuel Feitomayo.

Concurso núm. 11.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

I

—No hay que dalo güeltas, siñó Marcelino, estos señoritinos de Madrid no tienen educación ni l'han conocío nunca.

—¿Pos qué, porque uno sea probe deja de ser persona como las demás?... Le digo á usted que si pudiera darle con las reglas de urbanidá en los hocicos, bien sabe Dios que lo hacía. Pero... mi chica... mi mujer... La familia siempre tirándole á uno... Al fin y al cabo, él es quien nos da el peazo e pan que comemos y hay que tenele consideraciones, si no...

Ya habrá usted comprendío que hablo de Nicolás, ese niño gótico que no tié una gofetá. ¡Vamos, hombre! Ca vez que m'acuerdo de la acción... No quío pararme á pensar por temor á que s'agolpe la sangre en mis venas y haga una barbaridá, que aluego me pesaría; ¡no había e pesarme! pero en un pronto... En fin, pacencia, mucha pacencia y aguantar, que si Dios es justo, como ice el padre García en los sermones, día vendrá en que se note su justicia.

—No hagas caso, Tomasón, que lo que te pasa es que hoy estás de malas porque las cosas no te han salido bien y quieres pagarlo con el pobre Nicolás, con ese... pájaro frito... su auencia me perdona, pero no puedo llamarle de otra manera.

—Pos si no quío usted que esté de malas... siñó Marcelino, ¿le paece á usted que un padre può ver con tranquilidad que traten á sus hijos como ese señorito de pega trata á mi Rosa? ¡Probezca, tan güena y tan hermosa como es! Pue que me ciegue la pasión, pero ¡no le paece á usted que muchas de esas señoritas que se pasean en coche, y gastan esencias, y trajes de seda, y guantes, y una porción de cosas más, quisieran parecérsela?

—Sólo una miráda de sus ojos y una sonrisa de sus lábios ¡vale más!... Pero bueno, en resumidas cuentas, ¿qué es lo

que ha pasado, para que estés así con el señorito Nicolás?

—Mire usted, ayer vino á pasar el día un amigo del señorito y, cosas de jóvenes, estando paseando por la güerta, se encontraron de manos á boca con mi chica, que venía de la fuente de allá arriba. Verla el forastero y empezar á requebrarla, todo fué uno, y el señorito, al notarlo, dice la Rosa que dijo: «Anda, deja en paz á esa...» no se qué palabra pronunciaria, porque la probe muchacha no ha consentío decir-mela; pero ya comprenderá usted, siñó Marcelino, que no sería nada güeno... ¡Y pensar que todo eso le pasa á uno por ser probe!...

—Es verdad, Tomasón; los señoritos de Madrid no tienen educación ni la han conocido en su vida, porque no otra cosa que falta de educación es no saber tratar al desgraciado que tiene que ganarse el pan con su trabajo...

II

—¡Dichosos los ojos!...

—¡Señor Marcelino!... ¡Cuánto tiempo!...

—Cualquiera te conoce... Estás hecho un señorón.

—El mundo da muchas vueltas... Y á propósito, ¿no me pregunta usted por mi hija?

—Hombre, me figuro... una chica tan bonita no podía estar mucho tiempo soltera. Y luego con la suerte que tuvisteis...

—¡No se apure usted, que lotería hay á cualquier hora!

—¡Ah, amigo, la suerte no es para quien la busca!

Bien sabe Dios que tuve intención de jugar con vosotros, pero ¡el demonio enreda tanto!... ¡Qué vamos á hacerle!

Conque, ven aquí, entra... ¡A ver, una silla!... Cuéntame qué ha sido de vosotros. ¿Y Rosa?

—Pues nada, que me quedé sin ella en tres días. La salió un novio, y se enamoró tan de veras que, eso sí, llorando como una Magdalena, me dejó ¡no había de dejarme! para seguir á su maridito... Y no sabe usted lo mejor.

—¿Qué?

—El señorito Nicolás...

—¡Ah, sí! ¡Qué mal salió el pobre de aquí! Créeme que cuando se marchó me daba pena; iba tan abatido! Figúrate, con los bolsillos vacíos cualquiera no lo está... Unos dicen que su mala cabeza fué la causa, otros que malas voluntades... vete tú á saber. El caso es que, á estas horas, si no está pidiendo limosna, no le faltará mucho...

—¡Ca! ¡Limosna!... Á estas horas deben estar visitando la Exposición de París...

—¿Cómo!...

—Sin darse cuenta, sin conocernos, nos siguió un día por el Retiro, y desde entonces siempre andaba detrás haciendo el oso... hasta que se decidió á venir á mí y pedirme la mano de Rosa, y ¡pásmate! ofrecerla cuatro mil reales de dote... y algunos ahorros añadió después... Gracias á que yo no veía en él más que al hombre á quien Rosa quería de corazón, porque es verdad que le tomó un cariñoazo...

—Y cuando supo quienes erais—porque más tarde ó más temprano se daría cuenta,—¿qué dijo?

—Ni una palabra, señor Marcelino, ponerse como un tomate... Y más cuando yo le dije, nunca se me olvidará: «Ahí tienes á mi hija, pero que te conste que donde haya necesidad allí ha de ir á socorrerla. Si tú sigues pensando como antaño, si te molestan los pobres, si te rebaja el arrimarte al infeliz que gana con el sudor de su frente el pedazo de pan que se lleva á la boca, á tiempo estás, no te ca-

ses con ella, porque serás muy desgraciado».

Y se casaron, y viven tan felices.

Yo también vivo muy feliz, porque con aquello de gusto á mi hija, y al mismo tiempo practiqué esa obra de misericordia que manda enseñar al que no sabe... Pues ya habrá usted notado que lo que el señorito no aprendió en los salones entre los tapices y el olor á esencias, se lo hizo aprender este ganán con su gramática parda.

—¡No fué mala la lección!

CONSTANTINO PLA.

CHILINDRINA

Porque tú no me querías,
decidí meterme fraile.
¡Si tendrás mal corazón,
que aún vienes á confesarte!

Luis Mani Molero.

EL HONOR

¡Cómo has cambiado, virgen inocente,
en el espacio de tan breves días!
Ayer sólo tenías
el sello del honor sobre la frente,
y á tus pies... ¡esas joyas de brillantes
que te ofrecían multitud de amantes!

¡Cómo has cambiado tú rápidamente,
qué de prisa rodaste la pendiente!
Ahora, como ayer, ya no me encantas,
hoy tienes esas joyas en la frente,
y el honor... ¡el honor está á tus plantas!

Gregorio Valle.

ESCAMÓN

Celos sien, pro he de tener,
porque el que bien sabe amar
nunca debe de olvidar
lo expuesto de su querer.

Lorenzo Camuñas.



Variaciones sobre el mismo tema podíamos titular la presente revistilla, puesto que persiste la monotonía teatral y no hay asunto que se preste á la crítica, y mucho menos á la información, para satisfacer la natural curiosidad del lector.

En los primeros días del próximo mes inaugurarán la temporada los teatros Lara y Comedia; como los dos han hecho un numeroso abono y ambas empresas cuentan con obras de aplaudidos autores, de esperar es hagan una brillante y provechosa campaña.

Con la apertura tardía de los teatros y el retraso en estrenar de Apolo y el Cómic, es casi nulo el movimiento en cuanto se refiere al arte de Talía, sin que por ello falten las habillitas de los amigos de las empresas y de las eminencias que uno y otro día esperan su contrata en la calle de Sevilla.

Como ampliación á lo que decíamos en el número anterior sobre la compañía de Eslava, damos á continuación algunos nombres de las primeras figuras que forman el elenco: María López Martínez, Elena Rodríguez, Carlota Sanford, Blanca Urrutia, Valentín García, Robustiano Ibarrola, Patricio León y Lino Rodríguez.

Y no habiendo más asuntos de que tratar, deja la pluma

Diego Garvía.

CHIRIGOTA

Dió un duro falso un sargento
al gallego Juan Jerez,
y éste dijo:

—¡Ya otra vez
me servirá de excremento!

Eduardo de Ory.

A MARIA

Amor y virtud.

La luz de la aurora ya el prado engalana,

en la fronda canta gentil ruiseñor,
la fuente en su cauce deslízase ufana,
y abriendo su cáliz de púrpura y grana
se iguala á tu rostro la candida flor.

Sin ti yo no encuentro belleza en el prado,

ni aroma en la rosa, clavel ni alelí;
sin ti veo el cielo de nubes poblado,
ni el bosque, ni el cielo, mi dueño adorado,

ni nada en el mundo me agrada sin ti.
Admiro en tu templo, donde juguetean
virtudes divinas de rico primor,
caricias y halagos que el alma hermosean,
y al ver las riquezas que en ti se recrean,
me grita aquí un ángel: ¡Allí está el amor!

Ramón Gaztambide.

EP. GRAMA

Ayer entre dos vecinos
cogí estas frases al vuelo:
—Reconózcame por un
servidor de usted...

—Anselmo

Gil, en esta misma calle,
número ochenta, tercero,
tiene usted su casa.

—Digo

igualmente... —Lo agradezco.

—Gracias; usted tiene la
suya en el número ciento.

Eduardo Guillar.

UN IMPOSIBLE

Quisiera ser un buzo nadando entre riquezas,
quisiera como el sabio la ciencia penetrar,
quisiera del guerrero laureles victoriosos,
la gloria del artista, quisiera, en fin... ¡la mar!

Mas todo me lo niega la ingrata suerte mía;
ni gloria ni riquezas, mi sino es padecer,
y veo un imposible su amor apetecido,
pues siendo yo tan pobre jamás lo lograré.

Juan Manuel Palacios.

GLOBULILLO

—Está en el Banco de España
de portero Juan Hernando,
y dice á todos que vive
de obligaciones del Banco.

Francisco Caso Salcedo.

A la bellísima señorita

DOÑA CRISTINA GONZÁLEZ

¡Ay! ¿quién podrá mirarte
y afrontar de tus ojos los destellos?
¿Quién logrará encontrarte
que al ver tus rizos bellos
no deje el alma aprisionada en ellos?

Emilio Granado.

LAS LÁGRIMAS

A mi querido hermano.
A veces lluvia copiosa
devuelve al cielo la calma;
las lágrimas son la lluvia
de las tormentas del alma.

Rodrigo López.

RÚSTICA

Quando regreso de arar,
antes de entrar en el pueblo,
me acuerdo siempre de ti
y del día del majuelo.

Francisco Vera.

TIENTO

Vete y di al sepulturero
que vaya abriendo una fosa,
porque ya mi amor ha muerto.

Luis Pablos Crespo.

CANTARES

A la Srta. Anita Arroyo.

Aunque viviera cien años,
ten, niña, por entendido
que no podría olvidar
lo mucho que te he querido.

Tus calabazas recuerdo,
lo deploro algunas veces,
pero otras veces me alegro.

Trajan Díaz y Martín.

No saltes más el arroyo,
niña del zapato blanco;
tú quieres pisar la tierra
y el alma me estás pisando.

A. Arroyo Manjón.

CORRESPONDENCIA DE LA REDACCIÓN

R. H.—Buitrago.—Al paso que va, ni el Dante.

M. E.—Sus originales entran en turno.

M. G. R.—«La eterna víctima» se publicará fuera de concurso.

A. G.—«El mejor amigo» se publicará en breve.

E. P.—Recibida su «Otoñal»; queda admitida.

L. P. B.—Entran en turno «Pequeñeces».

L. M.—La Carolina.—Recuerdos á la familia.

T. B. y P.—Hay de todo, como en botica.

A. M.—Hace usted mal en soñar tantas cosas y tan malas; no beba agua al acostarse.

J. Q. V.—Chinchón.—Música de platillos. Chin-chón.

Rafapinazos.—Mientras no se confirme usted no puede publicarse «Una carta».

Un hortelano.—Toro.—Abandone usted el cultivo de las berzas.

E. R.—Sus «Tres puntapiés» son muchos puntapiés para un cuento solo.

L. M.—Ledesma.—No sirven para el caso.

F. L.—Entran en turno.

R. T.—Valladolid.—Su poesía resulta un poco triguera.

U. H.—En las charadas no hay necesidad de poner en juego todas las sílabas.

R. S. E.—Valdepeñas.—Es inútil mandar pasatiempos sin solución; lo demás no es pasar el tiempo, sino perderlo.

C. C.—Quindy (Paraguay).—Véase la clase:

Comerte tu pantorrilla
asada en una parrilla.

¿Es usted antropófago?

P. V. B.—Recibido «Un drama», pero además de ser verde y con asa, no podemos insertar ciertas cosas. Mande otra.

Q. B.—Me alegro verte bueno.

J. M.—Usted es un plagista y estamos dispuestos á no publicar nada ni á usted ni á otros como á usted; ítem más, á sacarlos á la vergüenza pública.

P. R.—Almería.—Entran en turno.

A. C.—Su poesía parece de Carulla.

V. H.—Escorial.—¿Sabe usted lo que es el boycottage?

R. T.—Llerena.—Es usted muy bruto para alcalde de barrio.

G. O.—No sea usted cursi.

R. L.—Sevilla.—Se publicarán.

J. de P. M.—Sus trabajos entran en turno.

D. B.—*Castropol*.—Entran en turno sus composiciones.

D. R.—*Burgos*.—Se publicará.

A. A. M.—Entran en turno.

C. B. G.—Eso de la concubina nos parece muy fuerte.

P. de O.—Ha pasado la oportunidad.

E. M. L.—Entra en turno.

R. G.—*Huesca*.—Entregado á la imprenta «Un pensamiento».

G. L. P.—Entran en turno.

R. G.—Muy poco piadoso es hacer venir á Lepina del cantón de Leganés. Eso es, si bien se examina, buscar al gato tres pies.

D. R. D.—*Burgos*.—Su «Pesar» entra en turno.

J. P. D.—Recibida carta sin los versos que indica.

A. R.—Se publicará su cuento.

J. T. V.—Entran en turno.

Neu.—*Coruña*.—Remita su nombre.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

M. F.—Cabra.—El termómetro clínico que usted indica en su nota, con estuche de metal labrado y largo 10 centímetros, vale 4 pesetas.

La remesa de su importe puede hacerla por el Giro mutuo, acompañando una piqueta más por los gastos de envío á esa.

R. L. S.—Toledo.—El artículo que usted desea adquirir está sujeto al aumento de los cambios, por cuya razón al hacer el envío de fondos debe contar con el expresado aumento.

Suponemos que con 600 pesetas habrá suficiente, y en caso de que hubiere alguna pequeña diferencia á su favor, le sería reembolsada.

M. A. V.—Buitrago.—El trajecito para niño en tela igual á la muestra que nos ha remitido importa 32,50 pesetas.

Si le acomoda el precio, remita fondos y medidas para ser confeccionado sin pérdida de tiempo, para que lo tenga en su poder en la fecha que indica.

R. M.—Cádiz.—El número que ha remitido para el sorteo de LA AVISPA del mes corriente no ha podido figurar por haberse recibido después del día 15, fecha en que el periódico estaba en prensa.

Diga si quiere que dicho número figure en el sorteo del mes de Octubre, ó bien remítanos el que guste antes del día 14 de este citado mes.

E. M.—Valladolid.—Imposible dar á usted precio de los objetos á que hace referencia en su carta por su mucha variedad.

Si lo quiere dejar á nuestra elección, remita fondos y le enviaremos de lo más nuevo y elegante, en la seguridad que quedará complacido.

M. M.—Barcelona.—Todavía no ha regresado de su excursión veraniega la persona por quien usted nos pregunta.

I. M.—Madrid.—Tenemos la colección completa que desea, siendo el precio de cada número 0,20 de peseta por ser atrasados; los publicados hasta el día le costarán 12,20 pesetas.

G. P.—Elche.—Queda hecha su suscripción, que finalizará el 20 de Marzo de 1902.

A. L. M.—Espiel.—Queda cumplimentado su encargo según recibo que obra en nuestro poder y á su disposición.

R. Muñoz.

CONOCIMIENTOS UTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos

sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Preparación del engrudo impudrescible.—Hecha la cola, se deja enfriar hasta que esté un poco tibia para que no se endurezca.

Después se añade cierta cantidad de trementina, próximamente un vaso pequeño de los de cerveza para la capacidad de una fuente de cola.

El único inconveniente de este procedimiento es el olor desagradable de la trementina; pero esto supone poco frente á la ventaja que reporta, pues que la cola putrefacta esperece un olor infecto. El mismo procedimiento es aplicable á las disoluciones de goma para evitar que se acidifiquen.

Gusto á azufre en los vinos.—Para hacer que desaparezca el gusto á azufre en el vino procedente de uvas azufradas basta verter este líquido en una vasija de cobre. En cuanto el vino se pone en contacto de este metal desaparece instantáneamente el gusto á azufre.

Hé aquí cómo se opera:

Cuando se juzgue terminada la fermentación, se hace pasar el vino de la cuba á una caldera de cobre, de donde se saca para llenar las barricas á medida que cae el líquido, sin necesidad de que permanezca más tiempo en la caldera.

Para impedir que rezumen los barriles.—Se impide que rezuma el vino por las hendijas que hay entre las duelas de los toneles con albayalde amasado con sebo é incrustado entre dichas hendijas.

Para quitar el barniz de un clisé.—Déjese el clisé en una cubeta llena de alcohol durante unos diez minutos; frótese con algodón empapado en alcohol, déjese otro poco en alcohol el clisé y lávese con agua común.

Para impedir que rezume el papel.—Se disuelve un pedazo de alumbre de roca del grosor de una nuez en un vaso de agua clara en proporción correspondiente á la cantidad de papel que se quiere preparar y se humedece éste con dicha agua por medio de una esponja fina.

Este método es el que siguen los papeleiros para el papel de dibujo llamado papel lavado.

Para escribir sobre papel de estampa ó también sobre papel demasiado fresco, disuélvase un poco de goma en tinta común.

Hierba en los patios.—Se comienza por arrancar la hierba con un cuchillo ó un gancho; después se vierte en las junturas breza de hulla; practicada esta operación, no vuelve á aparecer.

Otro medio muy sencillo de evitar que la hierba crezca en los patios consiste en espolvorearlos con cascara.

Barniz para el grabado del cristal por el ácido fluorhídrico.—Empléese barniz líquido de grabador. Se aplica con el pincel sobre el cristal.

Este barniz se seca en cuatro ó cinco minutos.

Después de grabado se limpia fácilmente con la bencina.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—CARTAGENA
- 2.º—ARENA
- 3.º—ROMANONES
- 4.º—CASIMIRO
- 5.º—SINFORIANA
- 6.º—CANDIDO
- 7.º—FLORETE

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, don Diego Santos, Pepito, Rafael y Juan, D. José Gómez Rochera, D. Francisco Carmona, D. Valeriano Hernando, D. Auspicio Relea y Fernández, D. Francisco Pedrosa, D. Pascual Laurari, D. Alberto Caamaño, D. Florencio Savas, D. José Esteban, don Luis Paret, D. L. Pradel Benito, D. Angel

García Cuartango, D. Ignacio Muñoz, doña Elvira Rodríguez, D. Luis Martín y D. Augusto Miguel de Madrid; D. Alfonso López, de Espiel; D. Paulino Aupi, de Valencia; D. Julio Nogal, de Burgos; D. Ignacio Mateo de Buen y D. Adolfo Andreu Abrines, de Barcelona; D. Juan Francisco Maroto y D. Antonio León Ballesteros, de Valdepeñas; D. Mariano Jiménez, de Pinos Puente; D. Nicasio Ruiz, de Loja; D. Rafael Ayala, de Tarifa; D. Vicente Sánchez, de Gijón, y D. Lucas Sanz, de Huesca.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Mi primera es consonante y mi segunda también; tiempo presente de verbo en segunda y prima ver, y usaba mi todo cuando en seminario estudié.

Alberto Caamaño.

2.º

Segunda tertia mi suegra de un modo fenomenal, más tertia prima mi esposa, y me guarda mi caudal; y el todo es un gran político de España muy principal.

F. Carmona.

3.º

Mi amigo Felipe me dijo anteayer: Cuando sea todo tengo que poner al lado de un cuarta mi prima dos tres.

Luis Jiménez.

4.º

Primera dos en el ajedrez, y el todo apellido es.

Antonio T. Fernández.

5.º

Primera tertia es animal, nota musical segunda, y en cara de mi todo encuentro mi bello ideal.

Alfonso López.

6.º

Mi primera es consonante, la segunda es musical, es la tercera lo mismo, de mujer nombre el TOTAL.

Julio Nogal.

7.º

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

D C

Ricardo Gómez.

8.º

Fruta toro

Valentín Rodríguez.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 9 del próximo mes de Octubre tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole ESPECIAL no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

Nota.—Por acuerdo de esta Redacción no se admitirán pasatiempos en lo sucesivo si no vienen firmados.

